

EL METALENGUAJE COMO PROBLEMA LINGÜÍSTICO *

EL LENGUAJE DEBE INVESTIGARSE en toda la variedad de sus funciones. Un esquema de estas funciones exige un panorama conciso de los factores constitutivos de todo acontecimiento del habla, en todo acto de comunicación verbal. El *emisor* envía un *mensaje* al *receptor*. Para ser operativo, el mensaje requiere un *contexto* de referencia («referente» en otra nomenclatura un tanto ambigua), captable por el receptor, y o bien verbal o bien capaz de verbalizarse; un *código* enteramente, o por lo menos parcialmente, común al emisor y al receptor (o en otras palabras, al codificador y al decodificador del mensaje), y finalmente un *contacto*, un canal físico y una conexión psicológica entre el emisor y el receptor, que permita a ambos entrar y permanecer en comunicación. Las seis diferentes funciones determinadas por esos seis factores pueden esquematizarse como sigue:



* El autor dedica este Discurso Presidencial, pronunciado en la Reunión Anual de la Linguistic Society of America el 27 de diciembre de 1956, a la memoria de su fiel amigo y valeroso campeón de la verdad lingüística Gyula Laziczus.

Aunque distinguiamos seis aspectos básicos del lenguaje, difícilmente podríamos encontrar mensajes verbales que llenaran únicamente una función. La diversidad reside no en un monopolio de alguna de estas varias funciones, sino en su diferente orden jerárquico. La estructura verbal de un mensaje depende ante todo de la función predominante. Pero aun cuando un enfoque (*Einstellung*) hacia el referente, una orientación hacia el *contexto* —en una palabra, la llamada función *referencial*, «denotativa», «cognitiva»— es la función directriz de numerosos mensajes, la participación accesoria de las otras funciones debe ser tomada en cuenta por el lingüista observador.

La llamada función *emotiva* o «expresiva», centrada en el *emisor*, apunta a una expresión directa de la actitud del hablante hacia aquello de que está hablando. Tiende a producir una impresión de cierta emoción, ya sea verdadera o fingida; por consiguiente, el término «emotiva», propuesto y definido por Marty, se ha mostrado preferible a «emocional». El estrato puramente emotivo en el lenguaje está representado por las interjecciones. Se distingue de los procedimientos del lenguaje referencial a la vez por sus patrones sonoros (secuencias sonoras peculiares o incluso sonidos inusitados en otros lugares) y por su papel sintáctico (no son componentes sino equivalentes de oraciones). «—*Tut! Tut!*— dijo McGinty»; el enunciado completo del personaje de Conan Doyle consiste en dos *clicks* succionantes. La función emotiva, puesta al desnudo en las interjecciones, da sabor hasta cierto punto a todos nuestros enunciados, en su nivel fónico, gramatical y léxico. Si analizamos la lengua desde el punto de vista de la información que acarrea, no podemos limitar la noción de información al aspecto cognitivo, ideacional de la lengua. Un hombre que utiliza rasgos expresivos para indicar su actitud enojada o irónica transmite una clara información. La diferencia entre [j ε s] «yes» y la prolongación enfática de la vocal [j ε :s] es un rasgo lingüístico convencional, codificado, como la diferencia entre la vocal corta y la larga en pares del checo como [vi] «tú» y [vi:] «sabe», pero en este último par la información diferencial es fonémica, y en el anterior emotiva. En la medida en que nos interesamos en los invariantes fonemáticos, la [ε] y [ε:] inglesas aparecen como simples variantes de un mismo y único fonema, pero si nos ocupamos de unidades emotivas, la rela-

ción entre la invariante y las variantes se invierte: la longitud y brevedad son invariantes efectuadas por aquellos fonemas variantes.

La orientación hacia el *receptor*, la función *conativa*, encuentra su expresión gramatical más pura en el vocativo y el imperativo, que sintáctica, morfológica y a menudo incluso fonemáticamente se desvían de otras categorías nominales y verbales. Las oraciones imperativas difieren cardinalmente de las oraciones declarativas: estas últimas están sujetas a una prueba de verdad, y las primeras no lo están. Cuando en el drama de O'Neill *La fuente*, Nano «(con violento tono imperativo)», dice: «—¡Bebel!», no se puede cuestionar el imperativo con la pregunta: «¿es verdadero o no?», que, sin embargo, puede perfectamente hacerse después de oraciones tales como: «alguien bebió», «alguien beberá», o después de conversiones de las oraciones imperativas en oraciones declarativas: «beberás», «tienes que beber», «te ordeno que bebas». A diferencia de las oraciones imperativas, las oraciones declarativas son convertibles en oraciones interrogativas: «¿bebió alguien?», «¿beberá alguien?», «¿debe alguien beber?», «¿te ordeno que bebas?».

El modelo tradicional de la lengua, tal como fue elucidado en particular por Karl Bühler, se confinaba a estas tres funciones —emotiva, conativa y referencial— y a los tres ápices de su modelo —la primera persona del emisor, la segunda persona del receptor y la «tercera persona», propiamente: alguien o algo de que se habla. Ciertas funciones verbales adicionales pueden inferirse fácilmente de este modelo triádico. Así, la función mágica, encantatoria, es principalmente alguna clase de transformación de una «tercera persona» ausente o imaginaria en una segunda persona de un mensaje conativo. «Que esta pocilga se seque, *tfu, tfu, tfu, tfu*» (ensalmo lituano). «¡Agua, río, reina, aurora! Manda a la pena más allá del mar azul, al fondo del mar, como una piedra gris que nunca ha de alzarse del fondo del mar, que la pena no venga nunca a apesadumbrar el corazón ligero del servidor de Dios, que la pena se vaya y se hunda lejos.» (Encantamiento del norte de Rusia.) «Sol, detente por encima de Gibeón, y tú, luna, en el valle de Aj-a-lon. Y el sol se detuvo, y la luna se estuvo quieta...» (Josh. 10.12). Observamos, sin embargo, tres factores consti-

tutivos más de la comunicación verbal y tres funciones correspondientes de la lengua.

Hay mensajes que sirven principalmente para establecer, prolongar o interrumpir la comunicación, para verificar si el canal funciona («Hola, ¿me oyes?»), para llamar la atención del interlocutor o para confirmar su continua atención («¿Me estás escuchando?»), o para decirlo como Shakespeare, «*Lend me your ears!*» —y en el otro extremo del hilo: «¡Hm-hmm!».) Esta orientación hacia el contacto, o en términos de B. Malinowski, función *fáctica*, puede desplegarse mediante un profuso intercambio de fórmulas ritualizadas, por medio de diálogos enteros con el mero objetivo de prolongar la comunicación. Dorothy Parker captó ejemplos elocuentes: «—Bueno —dijo ella—. —Bueno, aquí estamos —dijo él—. —Aquí estamos —dijo ella—, ¿no es cierto? —Eso digo yo —dijo él—. ¡Pues sí! Aquí estamos. —Bueno —dijo ella—. —Bueno —dijo él—, bueno». El propósito de iniciar y sostener la comunicación es típico de los loros; así la función fáctica del lenguaje es la única que comparten con los seres humanos cuando conversan entre ellos. Es también la primera función verbal adquirida por los niños; tienden a la comunicación antes de ser capaces de enviar o recibir una comunicación informativa.

El enfoque o disposición (*Einstellung*) hacia el *mensaje* como tal, que se centra en el mensaje por sí mismo, es la función *poética* del lenguaje. Esta función no puede estudiarse productivamente sin referencia a los problemas generales del lenguaje, y, por otra parte, el escrutinio del lenguaje requiere una consideración exhaustiva de su función poética. Toda tentativa de reducir la esfera de la función poética a la poesía o de confinar la poesía a la función poética sería una engañosa simplificación. La función poética no es la única función del arte verbal, sino sólo su función dominante y determinante, mientras que en otras actividades verbales actúa como constituyente subsidiario y accesorio. Esta función, al promover lo palpable de los signos, profundiza la dicotomía fundamental de signos y objetos. De aquí que cuando se aborda la función poética, la lingüística no pueda limitarse al campo de la poesía.

«¿Por qué dice usted siempre *Joan and Margery*, pero nunca *Margery and Joan*? ¿Prefiere usted a Joan sobre su hermana melliza? —Nada de eso, simplemente suena mejor.» En

una secuencia de dos nombres coordinados, mientras no interfiera ningún problema de rango, la precedencia del nombre corto le parece al hablante, sin que se dé cuenta, una configuración bien ordenada del mensaje.

Una chica tenía la costumbre de hablar del «*horrible Harry*». «—¿Por qué *horrible*? —Porque lo odio. —Pero ¿por qué no *dreadful, terrible, frightful, disgusting*? —No sé por qué, pero *horrible* le va mejor». Sin darse cuenta, se aferraba al recurso poético de la paronomasia.

Dos grupos aliterativos pueden haber favorecido la coalescencia de «*french fries*» en una palabra-frase habitual en inglés.

La consigna política «*I like Ike*» [*ay layk ayk*], sucintamente estructurada, consiste en tres monosílabos, y cuenta tres diptongos [*ay*], cada uno de ellos seguido simétricamente de un fonema consonántico [...*l*...*k*...*k*). La disposición de las tres palabras muestra una variación: ningún fonema consonántico en la primera palabra, dos alrededor del diptongo en la segunda, y una consonante final en la tercera. Los dos *cola* de la fórmula trisilábica «*I like/Ike*» riman uno con otro, y la segunda de las dos palabras rimadas está enteramente incluida en la primera (rima en eco), [*layk*] - [*ayk*], imagen paronomásica de un sentimiento que envuelve enteramente a su objeto. Los dos *cola* están en aliteración el uno con el otro, y la primera de las dos palabras alternantes está incluida en la segunda: [*ay*] - [*ayk*], imagen paronomásica del sujeto amoroso envuelto por el objeto amado. La función poética secundaria de este lema electoral de la campaña de Eisenhower refuerza su elocuencia y su eficacia.

Una distinción claramente anticipada por la tradición de la antigua Grecia y de la India y llevada adelante por los tratados medievales *de suppositionibus* ha sido defendida en la lógica moderna como la necesidad de distinguir entre dos niveles de lenguaje; a saber, el «lenguaje objeto» que habla de cuestiones ajenas al lenguaje como tal, y por otra parte un lenguaje en el que hablamos del código verbal mismo. Este último aspecto del lenguaje se llama «metalenguaje», traducción del término polaco introducido en los años 1930 por Alfred Tarski. En esos dos diferentes niveles del lenguaje, puede utilizarse el mismo material verbal; así, podemos hablar en inglés (como

metalengua) del inglés (como lengua-objeto) e interpretar las palabras y oraciones inglesas por medio de sinónimos y circunlocuciones inglesas. Jeremy Bentham delinea respectivamente «exposiciones por traducción y por paráfrasis». Como el Jourdain de Molière, que usaba la prosa sin saber que era prosa, practicamos la metalengua sin darnos cuenta del carácter metalingüístico de nuestras declaraciones. Lejos de confinarse a la esfera de la ciencia, las operaciones metalingüísticas muestran ser parte integrante de nuestras actividades verbales. Cada vez que el emisor y/o el receptor necesitan verificar si utilizan el mismo código, el discurso se centra en el *código* y efectúa así una función *metalingüística* (o glosadora). «—No le sigo, ¿qué quiere usted decir? —pregunta el receptor, o para decirlo como Shakespeare: —*What is't thou say'st?*» Y el emisor, adelantándose a esas preguntas recapitulares, inquiere: «—¿Sabe lo que quiero decir?». Entonces, sustituyendo el signo dudoso con otro signo o todo un grupo de signos del mismo o de otro código lingüístico, el codificador del mensaje trata de hacerlo más accesible al decodificador.

«Propuse impacientemente: —Pero no hasta el grado de contaminar. —¿Contaminar? —Mi vigorosa palabra la dejó desorientada. La expliqué—: —Corromper. —Me miró fijamente, comprendiendo mi intención.» (Henry James, *The Turn of the Screw*.)

«—Se la cargó (*It done her in*)... —¿Qué significa cargársela? —Ah, es un dicho nuevo. Cargarse a uno significa *matarlo*. —¿No crees de veras que mataron a tu tía? —Yo qué sé.— (G. B. Shaw, *Pygmalion*.)

O imaginemos un diálogo tan exasperante como éste: «—El *sophomore* fue demasiado (*plucked*). —¿Pero qué es *desplumado*? —*Desplumado* significa lo mismo que *flunked*. Ser *flunked* es ser suspendido en un examen. —¿Y qué es *sophomore*? Un *sophomore* es (o significa) un estudiante de segundo año».

Tales proposiciones ecuacionales ordinariamente utilizadas por los interlocutores nulifican la idea de los significados verbales como «intangibles subjetivos» y se hacen particularmente visibles en los casos en que son reversibles: «Un estudiante de segundo grado es (llamado) un *sophomore*»; «Un novillo es un toro joven». Pero también, inversamente,

«Un toro joven es un novillo». La primera proposición es un ejemplo de la tesis de C. S. Peirce en el sentido de que todo signo se traduce en otros signos en los que está más plenamente desarrollado, mientras que la traducción inversa de un modo de expresión más explícito a otro más compacto queda ejemplificada por la última proposición.

Peirce considera a los signos como equivalentes «cuando cualquiera de ellos podría considerarse como un interpretante del otro». Debe subrayarse una y otra vez que el interpretante básico, inmediato, «selectivo» de cualquier signo es «todo lo que está explícito en el signo mismo aparte de sus contextos y las circunstancias de su emisión», o en términos más unificados: aparte de su contexto ya sea verbal o solamente verbalizable pero no efectivamente verbalizado. La doctrina semiológica de Peirce es la única base sana de una semántica estrictamente lingüística. No puede uno dejar de estar de acuerdo con su visión del significado como traductibilidad de un signo en una red de otros signos y con su reiterada insistencia en la inherencia de un «significado general» en todo «símbolo genuino», así como con la secuela de la afirmación citada: un símbolo «no puede indicar una cosa particular: denota una clase de cosas. No sólo eso, sino que él mismo es una clase y no una cosa singular» (*Collected Papers*, 2.301). Los significados contextuales que particularizan, especifican o incluso modifican tal significado general, son tratados en la gramática especulativa de Peirce como interpretantes secundarios, «circunstanciales» (*environmental*).

A pesar de las objeciones de algunos estudiantes, es claro que el «interpretante selectivo» de un nombre propio tiene también necesariamente un carácter más general que cualquier «interpretante circunstancial» singular. El contexto indica si hablamos de Napoleón en su infancia, del héroe de Austerlitz, del vencido de Waterloo, del prisionero en su lecho de muerte o de un héroe en la tradición póstuma, mientras que su nombre en su significado general abraza todos esos estadios de su vida y su destino. Como el insecto metabólico en la secuencia *oruga-crisálida-mariposa*, una persona puede adquirir incluso diferentes nombres durante segmentos temporales consecutivos, «objetos momentáneos» en la terminología de W. V. Quine. El nombre de casada sustituye al nombre de soltera, el

nombre monástico al secular. Por supuesto, cada uno de esos estadios nombrados podría segmentarse más.

Las operaciones metalingüísticas con las palabras o las construcciones sintácticas nos permiten superar los presagios de Leonard Bloomfield en sus esfuerzos por incorporar el significado en la ciencia del lenguaje. Así, por ejemplo, la supuesta dificultad para describir significados en aquellos casos «de palabras como *pero, si, porque*» ha quedado desautorizada por el tratamiento de las conjunciones en la lógica simbólica, y estudios antropológicos como *Las estructuras elementales del parentesco* de Claude Lévi-Strauss han probado la falta de fundamento de las suposiciones en el sentido de que las diferentes terminologías del parentesco «son extremadamente difíciles de analizar». Pero en conjunto, la justificada idea de Bloomfield de «uno de los significados como *normal* (o *central*) y los otros como *marginales* (*metafóricos* o *transferidos*)» requiere una aplicación consistente en el análisis semántico: «El significado central está favorecido en el sentido de que entendemos una forma (es decir, respondemos a ella) en el significado central a menos que algún rasgo de la situación práctica nos obligue a mirar hacia un significado transferido». Tal es el uso contextual metafórico de *cordero* aplicado a una persona que se parece al animal por su mansedumbre. La misma palabra en un contexto significativo de «ojos, mirada», es una transferencia metonímica del cordero a sus ojos grandes e indolentes en una aplicación metafórica a un ser humano. *Cordero* puede ser una designación de una especie animal sin referencia al sexo, pero en contextos que oponen *cordero* a *oveja*, el significado más estrecho del primero de estos vocablos queda confinado a los machos*. La transferencia opuesta, los significados ampliados de Bloomfield, puede ejemplificarse con el ruso de la palabra-frase *estrella matutina* para designar al planeta Venus sin referencia al tiempo de su aparición. El sentido literal no trasladado de las dos palabras-frases *estrella matutina* y *estrella vespertina* se hace visible, por ejemplo, si durante un paseo vespertino, por un lapsus casual, llamara uno la atención de su perplejo interlocutor

* Pasaje adaptado. (N. del T.)

hacia la brillante emergencia de la *estrella matutina*. A diferencia de la etiqueta indiscriminada *Venus*, las dos palabras-frases, comentadas por G. Frege, son efectivamente adecuadas para definir y para *nombrar* dos diferentes fases espacio-temporales de un mismo planeta en relación la una con la otra.

Una divergencia relacional subyace en la variación semántica de los cuasi-sinónimos. Así, los adjetivos *medio lleno* y *medio vacío* se refieren al mismo estatuto, cuantitativamente, de la botella; pero el primer atributo, utilizado por el optimista de la anécdota, y el segundo que usa en su lugar el pesimista delatan dos marcos de referencia opuestos, la botella llena y la botella vacía. Dos marcos de referencia ligeramente divergentes separan el anticipatorio *las seis menos veinte* del retrospectivo *las cinco y cuarenta*.

El uso constante de comunicaciones metalingüísticas dentro del *corpus* efectivo de toda lengua dada ofrece un fundamento para la descripción y análisis de significados léxicos y gramaticales que satisface incluso la plataforma de aquellos investigadores que creen todavía que «los criterios determinantes tendrán siempre que declararse en términos distribucionales». Citemos algunos pares de proposiciones reversibles tales como «los hermafroditas son individuos que combinan los órganos sexuales a la vez del macho y de la hembra» — «los individuos que combinan los órganos sexuales a la vez del macho y de la hembra son hermafroditas», o pares tales como «los centauros son individuos que combinan una cabeza, brazos y tronco humanos con el cuerpo y las piernas de un caballo» — «los individuos que combinan una cabeza, brazos y tronco humanos con el cuerpo y las patas de un caballo son centauros». En estos dos pares nos enfrentamos con afirmaciones metalingüísticas que imparten información sobre el significado asignado a la palabra *hermafrodita* y a la palabra *centauro* en el vocabulario español, pero que no dicen nada sobre el estatuto ontológico de los individuos nombrados. Percibimos la diferencia semántica entre los nombres *ambrosía* y *néctar* o entre *centauro* y *esfinge* y podemos, por ejemplo, trasmutar las dos últimas palabras en pinturas o esculturas, a pesar de la ausencia de tales clases de individuos en nuestra experiencia. Las palabras en cuestión pueden usarse incluso en un sentido no sólo

literal, sino también deliberadamente figurativo: *ambrosía* es un alimento que nos proporciona un deleite divino; *esfinge* es la designación de una persona enigmática.

Las declaraciones de existencia o inexistencia en relación con semejantes entidades funcionales dieron lugar a prolongadas controversias filosóficas, pero desde un punto de vista lingüístico el verbo de existencia sigue siendo elíptico mientras no vaya acompañado de un modificador locativo: «los unicornios no existen en la fauna del globo»; «los unicornios existen en la mitología grecorromana y en la china», «en la tradición de la tapicería», «en la poesía», «en nuestros sueños», etc. Observamos aquí la pertinencia lingüística de la noción de *universo de discurso*, introducida por A. de Morgan y aplicada por Peirce: «En un momento puede ser el universo físico, en otro puede ser el “mundo” imaginario de alguna obra de teatro o novela, en otro todo un abanico de posibilidades». Ya se haga referencia directa a ella o ya esté meramente implicada en un intercambio de mensajes, esta noción sigue siendo la noción pertinente para un enfoque lingüístico de la semántica.

Cuando el universo del discurso ofrece una nomenclatura tecnológica, la palabra inglesa *dog* [«perro», pero también «gancho o asidero»] se toma como el nombre de varias herramientas para agarrar o sostener, mientras que *horse* [«caballo», «caballete»] designa varios artefactos de soporte. En ruso *kon'ki*, «caballitos», se convirtió en el nombre de unos patines. Dos estrofas contiguas del *Eugenio Onegin* de Pushkin (Capítulo cuarto, xlii-xliii) describen el campo a principios de invierno, y la alegría de los niños campesinos que cortan el hielo nuevo con sus patines (caballitos) se compara con el tedio del terrateniente cuyo caballo inútil se resbala en el hielo. El nítido paralelismo de contraste del poeta entre *kon'ki* y *kon'*, «caballo», se pierde en la traducción a lenguas que carecen de la imagen equina de los patines. La conversión de *kon'ki* de animales a instrumentos inanimados de locomoción, con un cambio correspondiente en el paradigma de declinación, se ha efectuado bajo un control metalingüístico.

La metalengua es el factor vital de todo desarrollo verbal. La interpretación de un signo lingüístico por medio de otros signos, homogéneos bajo algún respecto, de la misma lengua

es una operación metalingüística que desempeña un papel esencial en el aprendizaje infantil de la lengua. Ciertas observaciones realizadas durante las décadas recientes, en particular por los investigadores rusos A. N. Gvozdev y K. I. Čukovskij, han revelado el enorme lugar que la charla sobre la lengua ocupa en el comportamiento verbal de los niños preescolares, que tienden a comparar las nuevas adquisiciones con otras previas y su propia manera de hablar con las diversas formas utilizadas por la gente de más y de menos edad que los rodea; la constitución y la elección de palabras y oraciones, su sonido, configuración y significado, la sinonimia y la homonimia se discuten con vivacidad. Un recurso constante a la metalengua es indispensable tanto para la asimilación creadora de la lengua materna como para su final dominio.

La metalengua es deficiente en los afásicos que presentan un desorden de la similaridad, llamado «perturbación sensoria»; a pesar de las instrucciones, no pueden responder a la palabra-estímulo del examinador con una palabra o expresión equivalente y carecen de la capacidad de construir proposiciones ecuacionales. Toda aptitud para la traducción, ya sea intradiomática o interidiomática, desaparece en estos pacientes.

La construcción de la primera lengua implica una aptitud para las operaciones metalingüísticas, y ninguna familiarización con lenguas ulteriores es posible sin el desarrollo de esta aptitud; el desmoronamiento de la metalengua desempeña un papel sustancial en las perturbaciones verbales. Finalmente, la tarea urgente que se presenta a la ciencia del lenguaje, un análisis sistemático de los significados léxicos y gramaticales, debe empezar por enfocar la metalengua como un problema lingüístico fundamental.

Cada vez vemos más claramente que todo mensaje verbal, en la selección y combinación de sus constituyentes, implica un recurso al código dado, y que en este perpetuo marco de referencia subyace un conjunto de operaciones metalingüísticas latentes.

